LA LUCHA DE LOS JÓVENES TURCOS ANTE LA EXPANSIÓN DEL HELENISMO SEGÚN UNA CRÓNICA DEL GUATEMALTECO ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO

Paulino Toledo M.

Enrique Gómez Carrillo (Febrero 1873-Noviembre 1927), el insigne cronista guatemalteco, visita Turquía en Octubre de 1911, como parte de una gira al Mediterráneo Oriental siendo corresponsal del diario *El Liberal*[1]. Según sus propias palabras, su viaje obedeció al deseo del Director del mencionado periódico de enviarlo a Oriente con el fin de obtener información atingente a la situación política del momento: "Ve a ver lo que esa gente piensa de la situación actual"[2]. Eran los tensos momentos en que se iniciaba una guerra entre Turquía e Italia en el norte de África.

El 28 de Septiembre de 1911 Italia, a través de un ultimátum, exigía a la Sublime Puerta que las provincias otomanas de Tripolitania y Cirenaica 'fueran elevadas a un grado de cultura necesario a los intereses italianos allí existentes', anunciando su intención de encargarse de esa misión civilizadora por medio de una ocupación militar[3]. Al día siguiente el Imperio otomano declaraba la guerra a Italia. Según Gómez Carrillo se dio inicio a la guerra más que nada para salvar el honor nacional, pues desde el comienzo se sabía que no era posible una victoria.

Así, mientras los turcos luchaban en el norte de África contra las tropas italianas, Gómez Carrillo recorre importantes ciudades de Oriente como Beiruth, Damasco, El Cairo, Jaffa, Jerusalén, Estambul y Atenas, cuyas observaciones e impresiones son volcadas posteriormente en sus obras

---

[1] TOLEDO MANSILLA, PAULINO (ed.), *Descripciones hispanoamericanas de Estambul en el Imperio otomano*. Ankara: Embajada de Chile, 2004, p. 171. En adelante TOLEDO MANSILLA (ed.).

[2] GÓMEZ CARRILLO, E. "Un estado de alma oriental". En *Romerías*. París: Casa Editorial Garnier Hermanos, 6, Rue des Saints-pères, 6, s/f. (En el prólogo se lee la fecha: París, Junio 8, 1912), p. 100. En adelante GÓMEZ CARRILLO, E. "Un estado de alma oriental".

[3] VILLALTA, BLANCO, *Atatürk*. Buenos Aires: Editorial La Mandrágora, 1966, p. 61.

Romerías[4], *Ciudades de Ensueño*[5] y *La Vida Errante*[6] a través de crónicas. Entre ellas destacan 'La resurrección de Rodas', 'Los cosmopolitas de Turquía', 'Esmirna', 'La gran calle de Pera', 'Un estado de alma oriental' y 'El odio de los turcos contra los griegos'. Cuatro años después de este viaje publicará, además, su crónica 'Constantinopla', en donde concentrará sus principales ideas sobre Turquía y la nación turca. Otros de sus libros como *La sonrisa de la esfinge* (1913), *Jerusalen y la Tierra Santa* (1914), *Sensaciones de Egipto* (1918), *La vida errante* (1919), *La Grecia eterna* (1920)[7] y *Ciudades de Ensueño* (1920)[8], están igualmente inspirados en el periplo que llevó a cabo durante este viaje.

Para Gómez Carrillo el antagonismo y odio entre los turcos y griegos tiene sus raíces en un silencioso proceso de expansión llevado a cabo por los helenos y que tiene como objeto la recuperación de Estambul y los territorios de la antigua Bizancio. Este es el tema central de su crónica titulada 'El odio de los turcos contra los griegos'[9] y que está fechada en Atenas el 23 de Octubre de 1911.

Según Gómez Carrillo "la reconstrucción del gran edificio bizantino" es un proceso que está llegando a su fin. Los griegos, señala, "dispersándose en el Asia Menor, sin apoyo oficial, sin diplomacia que los sostenga, sin más armas que su inteligencia y su actividad, sin más defensa que su energía, no pierden un día, ni una hora, ni un minuto en su constante labor de conquista"[10]. El avance helénico en Levante no se produce mediante victorias en los campos de batalla, sino que a través del dominio material y del control paulatino de la sociedad y de la economía:

---

[4] GÓMEZ CARRILLO, E. *Romerías*. *op. cit.* en nota 2.

[5] GÓMEZ CARRILLO, E. *Ciudades de Ensueño*. Madrid: Calpe Colección Universal, 1920. Otras ediciones por Editorial Espasa-Calpe en 1928, 1933 y 1943. La edición Calpe incluye la crónica 'Constantinopla' entre las págs. 9 y 24.

[6] GÓMEZ CARRILLO, E. *La vida errante. Oriente*. Madrid: Editorial Mundo Latino, 1919, Tomo III. Aquí se incluyen las crónicas 'Constantinopla' (pp. 13-29) y 'Esmirna' (pp. 55-61).

[7] GÓMEZ CARRILLO, E. *La Grecia Eterna*. Madrid: Editorial Mundo Latino, 1919, Tomo XV.

[8] TOLEDO MANSILLA (ed.), *op. cit.*, pp. 176-177.

[9] En *Romerías*, *op. cit.*, pp. 69-76.

[10] GÓMEZ CARRILLO, E. "El odio de los turcos contra los griegos". En *Romerías*, *op. cit.*, pp. 74-75.

> "Lo que no es una cuestión europea, sino oriental, lo que representa en el espíritu de todos los pueblos del Levante un peligro de muerte, es la lenta, la continua, la tranquila expansión helénica en las tierras del antiguo imperio bizantino. Porque no hay duda de que cada día los griegos ganan una batalla en la gran lucha sin armas por la hegemonía de Oriente. Desde Egipto hasta Bulgaria, el griego domina con su habilidad, con su inteligencia, con su riqueza. Los Bancos son griegos. Las tiendas son griegas. Los hoteles son griegos. Los buques costeros son griegos. Y, lo que es más importante, ó por lo menos más transcendental, las escuelas en las cuales los niños otomanos aprender a leer, son también griegas"[11].

La antigua frase de los compañeros de Capo d'Istria, citada por Gómez Carrillo y que reza: «Todo el Oriente será de nuevo bizantino», va convirtiéndose lentamente en una realidad. En otro pasaje de esta crónica agrega: "Y la gente, en Atenas como en Smirna, en Alejandría como en la Canea, en Patrás como en Samos, toda la gente de todo el imperio griego, en una palabra, espera, con una paciencia digna de Ulises, el regreso del patriarca"[12]. En suma, estamos en presencia de un tema que fue fuente de inspiración de una serie de autores que defendieron el patriotismo griego desde los inicios del siglo XIX.

Esta revolución silenciosa puesta en marcha por los griegos y el hecho de que en Turquía, los helenos declaren que el día Martes –día en que fue conquistada Constantinopla– 'es y será día de duelo' hasta que Bizancio renazca de sus cenizas, cobra un nuevo matiz dentro de la política hacia Grecia impulsada por los miembros del Comité de Unión y Progreso: "Los Jóvenes Turcos tuvieron ocasión de notar lo que esta labor representa, cuando al iniciarse las primeras elecciones parlamentarias, comenzaron á ver que en todas partes el elemento helénico era el que dominaba". Posteriormente, Gómez Carrillo cita dos frases que resumen, en su opinión, la acción contra Grecia de los Jóvenes Turcos; la primera es de Ahmed Riza, que dice «Si no oponemos una barrera á sus ambiciones políticas nos veremos sumergidos por ellos»; la segunda, de un representante de Macedonia que expresaba que las fuerzas del helenismo «Hay que ahogarlas en su propia sangre»[13].

---

[11] *Ibid.*, p. 70.
[12] *Ibid.*, p. 72.
[13] *Ibid.*, p. 75.

En el decir de Gómez Carrillo, "en la mente de los turcos, es necesario destruir con la fuerza las energías morales del helenismo", por lo que el Comité de Unión y Progreso dio inicio a una política de amenazas contra Grecia por medio del emplazamiento de tropas y material bélico en la frontera de Tesalia: "desde que disponen del poder apenas descansan en su política de amenazas contra Grecia"[14]. Con esta política los Jóvenes Turcos tomaban venganza de los griegos con el fin de hacer sucumbir su proyecto de reconquista de los antiguos territorios de Bizancio, al tiempo que intentaban salvar la integridad del ya reducido Imperio otomano.

He aquí el texto de esta crónica de Gómez Carrillo:

"El odio de los turcos contra los griegos

> Nuestros amigos los jóvenes turcos del Comité Unión y Progreso, que habían jurado morir antes que perder un nuevo jirón del imperio, no han hecho realmente nada por luchar contra Italia; pero en cambio, desde hace un mes, emplazan cañones en nuestra frontera y amenazan nuestro prestigio. -X. Pappadias.

Los europeos, que oyen hablar desde hace tiempo de movilizaciones de fuerzas turcas en la frontera de Tesalia, se preguntan, algo perplejos, cuáles pueden ser, en estos momentos en que Atenas parece tan deseosa de paz, las razones de la Sublime Puerta en su actitud amenazadora. Y no encontrando respuesta mejor y más perentoria, exclaman:

—¡Es por Creta!

Pero, en realidad, no es por eso. Los otomanos saben que el problema cretense es un problema europeo que sólo las grandes potencias pueden resolver, sin que para ello pesen mucho las ambiciones helénicas ni las irritaciones turcas. Tampoco en el conflicto perpetuo de Macedonia pueden las armas turcas nada cuando amenazan á Grecia. «Esa es una cuestión europea», dice el rey Jorge. Pero lo que no es una cuestión europea, sino oriental, lo que representa en el espíritu de todos los pueblos del Levante un peligro de muerte, es la lenta, la continua, la tranquila expansión helénica en las tierras del antiguo imperio bizantino. Porque no hay duda de que cada día los griegos ganan una batalla en la gran lucha sin armas por la hegemonía de Oriente. Desde Egipto hasta Bulgaria, el griego domina con su habilidad, con

[14] *Ibid.*, p. 70.

su inteligencia, con su riqueza. Los Bancos son griegos. Las tiendas son griegas. Los hoteles son griegos. Los buques costeros son griegos. Y, lo que es más importante, ó por lo menos más transcendental, las escuelas en las cuales los niños otomanos aprender á leer, son también griegas.

Ahora bien, es contra todo esto contra lo que movilizan los grandes señores de Constantinopla, cada vez que las circunstancias se prestan á un movimiento de tropas.

¿Me decís que es absurda semejante conducta, puesto que nada puede un Cuerpo de ejército en Tesalia contra las dispersas fuerzas pacíficas del helenismo? No lo creen así los Jóvenes Turcos, que desde que disponen del poder apenas descansan en su política de amenazas contra Grecia.

«Mientras más democrático sea nuestro régimen —dice un escritor de Constantinopla —más grande será el deseo del gobierno de humillar á Grecia». Y esto que parece mentira, cuando se piensa que el helenismo representa en todo el Oriente la cultura liberal, se explica al ver que los otomanos, como los armenios, como los árabes, como los albaneses, como los judíos, se ven, en todos los terrenos de la actividad, suplantados por los griegos. La antigua frase de los compañeros de Capo d'Istria, que reza: «Todo el Oriente será de nuevo bizantino», y que tanto hacía reir á principios del siglo XIX, va convirtiéndose en una realidad. Este mismo año, en un informe diplomático, un ministro residente en una ciudad balkánica decía:

«Desde hace mucho tiempo circula un libro, guía del helenismo, que se encuentra en todas las ciudades orientales, y que está considerado como el anuario de la raza. Dividido en dos partes, una francesa y otra griega, este anuario se halla en todos los cafés, hoteles tiendas, buques y escuelas. La parte francesa no contiene sino datos estadísticos sobre el desarrollo del comercio helénico. En cambio, la parte griega está llena de alusiones al futuro triunfo del helenismo que, un día ú otro, conquistará el imperio entero, con Constantinopla como capital».

Estas palabras, á las cuales los periódicos europeos les han dado una gran importancia por haber sido escritas por un diplomático, ya todos los que han escrito sobre Atenas las habían antes pronunciado. Porque no hay, realmente, medio de pasar un par de semanas al pie del Acrópolis, sin notar que, desde el más ilustre hasta el más humilde de los súbditos del rey Jorge, todos están convencidos de que el día de la reconstrucción del gran edificio bizantino se acerca. Yo mismo creo haber recordado, hace cuatro años, cuando vine por primera vez á Atenas, la historia de la última misa de Santa

Sofía. Según la tradición popular, el día en que los turcos entraron triunfantes en Bizancio, lo primero que hicieron fué profanar la santa catedral del imperio. Una horda ebria de sangre penetró en el templo, encabezada por un bajá, en el momento mismo en que el patriarca comenzaba á celebrar la misa. «¡Á muerte! ¡Á muerte!», vociferaron todos los invasores. Y el bajá, en persona, acercóse al altar dispuesto á dar un formidable tajo en la cabeza del sacerdote. Pero, por un milagro, en aquel mismo instante un muro se entreabrió, y por la grieta desapareció el patriarca, murmurando: «Ya volveré á continuar la misa cuando los infieles hayan sido barridos de nuestra santa ciudad».

Y la gente, en Atenas como en Smirna, en Alejandría como en la Canea, en Patrás como en Samos, toda la gente de todo el imperio griego, en una palabra, espera, con una paciencia digna de Ulises, el regreso del patriarca.

Esto, los viejos turcos, engreidos y soberbios, parecían no notarlo siquiera. Pero los jóvenes turcos lo ven, y lo ven con malos ojos.

—Usted sabe —decíame en París, hace poco tiempo, un discípulo de Amed Riza —que una de las cosas que los alemanes no le perdonan á Francia es que continúe considerando el aniversario de la batalla de Sedán como un día de tristeza nacional. Ahora bien, usted que vive aguí, de seguro no ha notado nunca manifestaciones exteriores de duelo patriótico ese día. Los griegos, en cambio, no sólo consideran como un día de luto el aniversario de la pérdida de Constantinopla, sino que han hecho del martes, día en que esa pérdida se efectuó, el día nefasto. En Turquía misma, los helenos declaran en alta voz que el martes es día de duelo, y que lo será siempre hasta que Bizancio renazca de sus cenizas. ¿Cómo quiere usted que les perdonemos esto?...

En realidad, no es sólo esto lo que los otomanos no pueden perdonar á los helenos, sino todas las manifestaciones de su patriotismo activo y heroico, que no se traduce en actos de platónica protesta contra los vencedores, sino que prepara, pausada y prácticamente, la «revancha». ¡Ah, y esta revancha no es como la que meditan los franceses, no! Los helenos, sintiéndose incapaces de luchar en los campos de batalla contra sus adversarios, que son muy superiores en número, han renunciado, después, de la ruda lección de Domokos, á toda tentativa militar. Que los búlgaros se midan, si quieren, con sus hermanos los otomanos. Que los montenegrinos empleen sus energías de montañeses indómitos defendiendo su dignidad amenazada. Que los albaneses hagan una guerra sin perdón á los enemigos de su raza. En cuanto á los griegos, hijos de Ulises más que de Aquiles, prefieren luchar con las armas de

la paz y de la paciencia. Su virtud más antigua y más constante es la «sagesse» la «prudencia», la «habilidad», mejor dicho. Con prudencia lograron la independencia del actual territorio de su reino, hace un siglo. Con prudencia han llegado á adquirir la libertad de Creta y de Samos. Con prudencia obtendrán, poco á poco, sin tragedias, sin gritos, sin sangre, el dominio material de todas las islas del archipiélago.

Pero esto no es todo. El patriotismo helénico, como lo ha hecho observar Louis Bertrand, no es de «suelo», sino de «raza». Que una gran parte de la Tierra sagrada esté aún en poder del turco odiado, lo aceptan sin dificultad, ó por lo menos, sin impaciencia. Pero lo que no aceptan es que la raza deje de dominar en todo Oriente. Y por eso, dispersándose en el Asia Menor, sin apoyo oficial, sin diplomacia que los sostenga, sin más armas que su inteligencia y su actividad, sin más defensa que su energía, no pierden un día, ni una hora, ni un minuto en su constante labor de conquista.

Los Jóvenes Turcos tuvieron ocasión de notar lo que esta labor representa, cuando al iniciarse las primeras elecciones parlamentarias, comenzaron á ver que en todas partes el elemento helénico era el que dominaba. «Si no oponemos una barrera á sus ambiciones políticas —dijo entonces el mismo Amed Riza, —nos veremos sumergidos por ellos». Hábilmente, «ellos» comprendieron que no era aún llegado el momento de entablar la pelea del voto en un país donde todo alarde constitucional tiene que ser vano. Y accediendo á los deseos del Comité poderoso que había hecho la revolución, contentáronse con una honorable minoría en el Parlamento, dejando á los otomanos los sitios más numerosos. Pero esto no bastó, ni podía bastar, para que los odios se calmaran. En la mente de los turcos, es necesario destruir con la fuerza las energías morales del helenismo.

—Hay que ahogarlas en su propia sangre —dijo, hace un año, uno de los oradores de Macedonia.

Esta frase salvaje representa el modo de pensar de todos los turcos. Y por realizar la amenaza contenida en esta frase, la Sublime Puerta, apoyada por todos los elementos políticos del país, amontona en la frontera cañones y fusiles, pensando que, un día ú otro, los impacientes hijos de Aquiles irán á echarse, exasperados, contra esa barrera de hierro, como lo hiciera hace años. Pero los griegos, por su parte, dejan hacer, dejan gritar, dejan amenazar, y, siempre sonrientes, continúan, como Ulises, usando más de la paciencia que de la cólera, la magnífica odisea de la raza.

Atenas, 23 de Octubre.”

Esta crónica de Gómez Carrillo es un ejemplo evidente del cosmopolitismo modernista que raya en la sensibilidad, más idealista que realista, que aflora a la luz de los aconteciomientos vigentes y la influencia de París sobre el tema y su vida, en general, que podemos apreciar también en "La Grecia eterna", cuando señala: "El helenismo no es impaciente. Al contrario. Entre sus virtudes está la paciencia, la bella paciencia tranquila y segura de sí misma, la paciencia de Ulises, la paciencia clásica. Con esa paciencia esperaron durante muchos siglos el momento de recobrar su libertad, conservando siempre el tesoro de la raza"[15].

Gómez Carrillo ensalza el helenismo como el ensueño del engrandecimiento épico de la nación, como el sueño de las poblaciones griegas de Oriente, que no tiene límite en el tiempo ni el espacio. La decadencia del Imperio otomano y la ocupación de Estambul por fuerzas aliadas (Noviembre de 1918) y de Izmir y alrededores por el ejército griego (Mayo de 1919), hacían ver a Gómez Carrillo que el ansiado ideal del helenismo podía convertirse en realidad. No es casual que "La Grecia eterna" sea publicada en esos años, donde señala:

> "La fuerza de la raza está en saber esperar, en tener fe, en no precipitarse. ¿No aguardó veinte años Ulises antes de ver de nuevo su isla adorada? Pues los nuevos héroes de la odisea nacional aguardarán cien años, si es necesario, para volver a ver la nación tal cual la encontró el primer sultán de Constantinopla. El patriotismo es una virtud todopoderosa. El pueblo sabe que el sacerdote de Santa Sofía ha de volver para terminar su misa"[16].

Claros vestigios o herencia tardía del romanticismo –con la angustia romántica– e idealización del pasado a través de una evasión de la realidad y situación presente. Por ello, el sueño de Gómez Carrillo es también retornar a la Constantinopla o al Estambul del siglo XVI y, su ideal, que la ciudad vuelva al poder del helenismo.

[15] GÓMEZ CARRILLO, E. *La Grecia Eterna*, *op. cit.*, p. 67.
[16] *Ibid.*, p. 76.